



La igualdad no es la solución para el problema de la pobreza y la riqueza

LA EFECTIVA INNOVACIÓN Y EL EMPRENDIMIENTO GENUINO IMPLICAN BUSCAR MODOS QUE HAGAN POSIBLE QUE TODOS PUEDAN DAR SU TRABAJO, Y QUE FACILITEN EL DARSE Y AÑADIR EN SU TRABAJO SEGÚN CADA QUIEN

SILVIA C. MARTINO

Escuchamos con frecuencia hablar de la igualdad de oportunidades, la erradicación de la pobreza, la falta de políticas educativas inclusivas y de desarrollo social, y un largo etc. de cuestiones que aún quedan por resolver. Según cómo entendamos el problema, podremos comprender los supuestos que nos pueden conducir –o no– a las posibles pistas de las diferentes soluciones. El texto de Leonardo Polo, “Ricos y pobres. Igualdad y desigualdad”, que fue originalmente una conferencia pronunciada en el seno del Seminario Permanente Empresa y Humanismo en el año 1988, es de enorme actualidad para nuestra situación actual respecto a esos temas.

Se suele decir que una imagen vale más que mil palabras, como se muestra en la ilustración de la página siguiente.

Efectivamente, con una simple mirada comprendemos que muchas veces estamos equivocando nuestra comprensión de qué significa igualdad y desigualdad. Claramente se comprende que no es dar a todos por igual (para que vean lo mismo...). Esto, que se observa a simple vista y parece tan obvio, en lo cotidiano implica bastantes cuestiones

no menores. Para que todos lleguen a ver lo mismo es necesario conocer cómo es cada quien; en la práctica eso llevaría a estudiar qué cuestiones se deben tener en cuenta para hacernos con esa información y lograr el cometido.

En general, tendemos a sacar conclusiones sobre nuestra sociedad que pueden estar alejadas de la realidad. Podría sucedernos esto porque erramos el punto de mira para buscar las claves de solución, porque omitimos buscarlas en sus fundamentos. En este sentido, la propuesta que Polo defiende es que “la igualdad no es una solución para el problema de la pobreza y riqueza” (p. 303). La igualdad no es solución porque el problema está mal planteado, ya que riqueza y pobreza no son contrarias.

El igualitarismo es injusto porque inhibe el desarrollo de las diversas capacidades humanas. Más aún, Polo sostiene que “la desigualdad funcional está de acuerdo con la naturaleza humana” (p. 305). Como suele repetir en sus obras, la igualdad es exclusivamente mental, no real. Forzar la realidad a un esquema lógico es extorsionarla. Por tanto, “no cabe hombre social sin desigualdad, porque no cabe sociedad sin división del trabajo (otra cuestión son las remuneraciones)” (p. 305).

La igualdad se corresponde con el individualismo y el colectivismo radicales, porque ambos tienen una concepción del hombre como ‘individuo’ átomo: en un caso todos separados a su aire; en otro, todos unidos por un vínculo extrínseco. Tanto el individualismo como el colectivismo desconocen la realidad de la persona humana, que es nativamente coexistencial. “De las relaciones humanas surge la desigualdad, y al revés (...) El hombre se proyecta en funciones distintas” (p. 305): eso es lo natural.

El lugar en el que mejor se muestra esa desigualdad es la familia, que es el fundamento de la sociedad. A su vez, la persona es el fundamento de la familia. Polo muestra en su texto que la familia y la persona no son fruto de un pacto sino que son naturalmente: la sociedad es posible desde la persona y la familia es el lugar en el que más se manifiestan los rasgos de la intimidad personal.

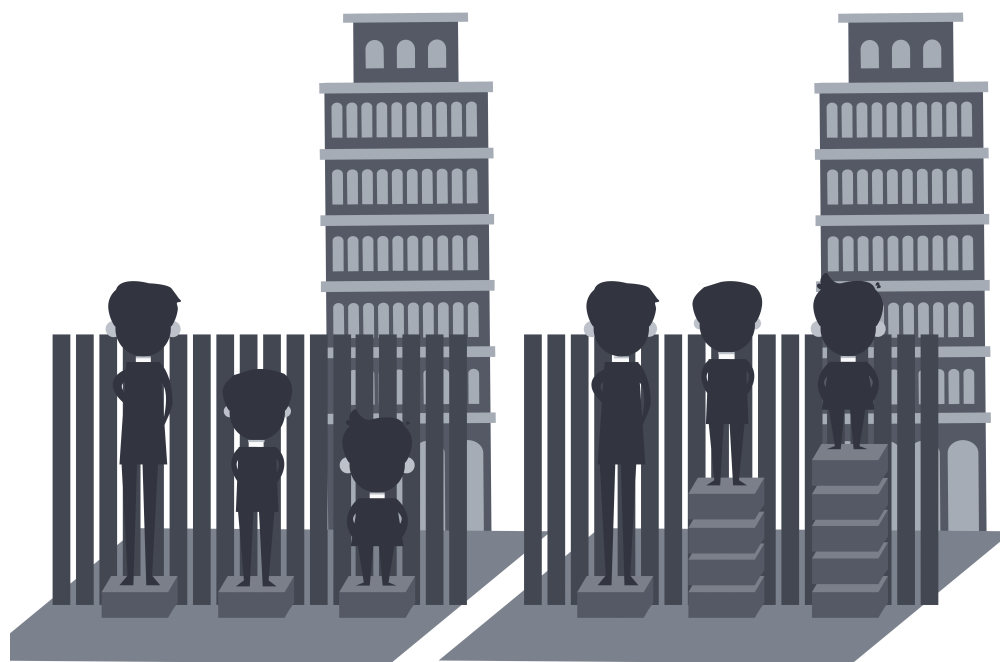
Así, si se toma a la familia como modelo, en ella cada uno de sus miembros es constitutivamente pobre en algo y, a su vez, rico en otras cualidades. Pero como la clave de la familia es la unión, la pobreza relativa de uno es satisfecha por la riqueza relativa de los otros, de modo que las desigualdades son ventajosas para todos. La injusticia, en cambio, es lo inverso: la situación en que las desigualdades no son ventajosas para todos o, como se ha indicado, en la que se intenta implantar la irreal igualdad,

porque entonces cada uno pierde lo mejor suyo y no puede aportarlo al resto.

Por tanto –escribe Polo– “lo correcto es sostener 1º) que la división del trabajo (y de funciones) es exigida por la humanidad en su origen y en su progreso histórico; 2º) que su justificación está en la coordinación y en la colaboración; 3º) que la división del trabajo (y de funciones), cuyo primer ámbito es la familia, se extiende desde ella a la sociedad civil; 4º) que en esa extensión puede hacerse problemática; 5º) que esa problematicidad sugiere como solución el igualitarismo. Ahora bien, si el igualitarismo se introduce en la familia, la destruye; 6º) por consiguiente, es más atinado tratar de averiguar de qué modo cabe lograr la colaboración en la extensión de la división del trabajo a la sociedad civil, que tratar de implantar la homogeneidad, que es ilusoria y antifuncional, sobre todo en el plano básico de la familia” (p. 312).

La justicia no equivale a igualdad, por eso la justicia conmutativa (el intercambio) no asegura la justicia social. Sí puede asegurarla la justicia distributiva, si se entiende como el arriesgarse a ofrecer lo que vale la pena ser ofrecido.

¿De qué manera las relaciones sociales en general podrían basarse en la cooperación? Y aquí la respuesta esclarecedora de Polo, repleta también de consecuencias múltiples, es que “las relaciones de colaboración, cuyo prototipo es la familia, han de buscarse estudiando el carácter central que tiene la comunicación en la sociedad humana. El lenguaje, no el dinero, es el conectivo social que asegura que la división del trabajo no derive hacia la división entre los seres hu-



LA IGUALDAD NO ES DAR A TODOS POR IGUAL... PARA QUE VEAN LO MISMO

manos” (p. 313). Esto se descubre siempre que se comprenda y “se acepte que la oferta es anterior a la demanda, o que la sociedad sólo es posible si el hombre da antes de recibir” (p. 334). Esto es, que la clave de la acción directiva (y de la economía) está más en la ley de la oferta que en la de la demanda. Consecuentemente, el “empresario –el que emprende– es el que antepone la oferta a la demanda” (p. 333), asume el riesgo de ofrecer lo que incrementa el bien común, no se limita a favorecer el consumo pragmático con miras al enriquecimiento fácil.

Si tratamos de ahondar aún más para entender la relación entre el conocimiento (saber más) y el trabajo (hacer y dar más), lo primero que salta a nuestros ojos es el escaso sentido que ha tenido el trabajo en las diversas interpretaciones históri-

El lenguaje, no el dinero, es el conectivo social que asegura que la división del trabajo no derive hacia la división entre los seres humanos

cas. Porque trabajar, en el fondo, es añadir, y porque la persona es quien añade: la persona es dar. Por tanto, conocer más es poder dar mejor y darse mejor. En suma, se puede vislumbrar que la disciplina de la dirección de empresas (y la economía) está engarzada con cuestiones sociales, laborales, técnicas, y que todas ellas están coordinadas por la ética, pero –por lo mismo– todas ellas –también la ética– recaban su fundamentación en la antropología (la persona). Conclusiones similares pueden obtenerse para cualquier otra disciplina o cuestión humana: derecho, medicina, arquitectura, etc. Si volvemos a la segunda parte de la imagen, ahora podríamos decir que, siendo clara aunque de difícil implementación, es incompleta porque no todos llegarán a lo mismo o a dar lo mismo (cada uno es un cada quien que querrá –o no– llegar a lo mismo que el otro,



LA JUSTICIA NO EQUIVALE A IGUALDAD, POR ESO LA JUSTICIA CONMUTATIVA (EL INTERCAMBIO) NO AUGURA LA JUSTICIA SOCIAL

y especialmente, no tiene por qué llegar a lo mismo sino a darse según su propio sentido). Observando el dibujo podríamos considerar que a algunos puede no interesarles ver lo mismo que los demás y sí estar durmiendo una siesta, o conversando con unos amigos, o leyendo un buen libro, o jugando con sus hijos. Pues cada uno –cada quien– podrá dar de sí y llegar a ser lo que está llamado a ser, y en esto está en juego la libertad personal. Con la posibilidad de todos de ver lo mismo parecería que me aseguro la uniformidad a lo que alguien externo considera que es “lo indis-

pensable, lo necesario”, sin embargo –y bajo la condición de que se pueda acceder a un mínimo que nos permita sobrevivir y educación básica: necesidades básicas– la igualdad de oportunidades implica la accesibilidad a aquello que nos facilitará lograr nuestro sentido, que se tenga la oportunidad de acceder y se aliente a que cada uno dé de sí aquello que es. Esa es la riqueza y, por tanto, se percibe dónde puede estar la pobreza de una sociedad. En una empresa esto implica poner a las personas en primer lugar: cada uno será quien otorgue a la organización su inno-

vación, lo nuevo que puede aportar, incluso en un mismo trabajo es posible que dos personas lo hagan de manera muy profesional, pero de modos diferentes, y esto puede contribuir a nuevos conocimientos, a un crecimiento en la relación con los demás, etc.

Si “lograr” que todos vean lo mismo es de difícil implementación, pero es mejor y respeta a la persona en relación con la primera parte de la imagen, “lograr” que cada quien, como novedad irrepetible, personalice su buen hacer demanda como mínimo que todos los involucrados –principalmente en el ámbito universitario– reciban una formación antropológica sólida –conozcan quién es la persona–. Así, en cada caso serán capaces de buscar y articular alternativas, pues comprenderán la conveniencia de un adecuado discernimiento de los talentos de cada quien. La clave es que cada uno, según su modo, pueda personalizar su buen hacer. Y así se llega a ser consciente de que la efectiva innovación y el emprendimiento genuino implican buscar modos para que se dé la accesibilidad de todos a dar su trabajo, y el darse y añadir en su trabajo según cada quien. Si no se tiene en cuenta la riqueza de cada persona se malogran los integrantes de una organización o se pierden sus posibles aportes innovadores. El camino puede parecer largo, pero es preferible andar por una senda que conduce a la persona y no emprender un sendero que de antemano reconocemos que es equivocado. En un caso, cada paso es ganar tiempo; en el otro es perder el tiempo y no desarrollar ni mi empresa, ni a las personas, ni a la sociedad en la que estoy.

La clave es
que cada
uno, según su
modo, pueda
personalizar su
buen hacer